

romper el guerrero la noble esclavitud que sus heroicos juramentos le habian impuesto.

Sigor descendia : Dionea se elevaba.

La mujer conquistaba su libertad con el poder de su debilidad y con los encantos de su belleza : el hombre se hacia esclavo, dominado por sus pasiones. Dionea era la exacta imágen del pueblo vencido que, con las armas de la seduccion, humilla la grandeza del vencedor, colocándose al nivel de su altura.

IV.

Cuando Léntulo y Manobal llegaron al campamento de Cepion, el Cónsul hizo al galo un distinguido y cortés recibimiento.

Le dispuso un baño perfumado, puso á su disposicion magníficos trajes, para que pudiera mudarse los suyos, y le ofreció una espléndida mesa con abundantes y suculentos manjares.

Empero toda la cordialidad y la cortesía que habian reinado entre Manobal y Cepion desaparecieron desde el momento en que se marcharon los demas convidados y quedaron solos con Léntulo.

Los tres personajes demostraban la mayor frialdad, encerrándose cada cual dentro de un meditado silencio para exami-

narse recíprocamente con ojo desconfiado, afectando un aspecto de indiferencia que estaban muy léjos de experimentar. Succedia entre ellos una cosa parecida á lo que ocurría entre los antiguos guerreros celtas cuando se reunian en la morada de cualquiera de ellos para celebrar alguna conferencia sobre asuntos de gran importancia : aquellos hombres deponian sus armas, despojándose de ellas para tomar asiento en el festin con que se inauguraba la junta, y tan pronto como se habia servido el último manjar y se iba á proceder á la deliberacion, volvian tranquilamente á armarse, se ceñían las espadas, abrazaban sus escudos, examinaban sus arcos y sus flechas, y así aparejados comenzaban el consejo. De igual manera Cepion y Manobal, concluido el banquete, depusieron la cordialidad y se armaron de astucia, esperando mutuamente á ver cuál de ellos entablaba el diálogo : ambos simulaban no tener nada que decirse, y acostándose por completo en los lechos que respectivamente ocupaban, fingieron dormir con profundo sueño.

Léntulo permaneció observándolos con atencion, y pudo sorprender que el uno y el otro abrian furtivamente un ojo de vez en cuando para examinar la actitud de su adversario. Casi tuvo tentacion el jóven

romano de dar rienda suelta á su rienda al contemplar tan torpes artes; pero viendo que se prolongaba aquella escena de fingimientos, se decidió á ponerle fin. Para lograrlo no recurrió ciertamente á ningun medio extraordinario, ni produjo ruido alguno, ni dirigió excitaciones á ninguno de los dos durmientes: el partido que adoptó fué salir de la tienda con excesivas y marcadas precauciones, como si temiera turbar el reposo de aquellas dos personas; y tan pronto como salió de la estancia y cayó la cortina que la cerraba, incorporáronse súbitamente Cepion y Manobal, quedando sentados en sus respectivos lechos.

—Creí que ese loco no iba á salir jamas, —exclamó Cepion.

—Y sin embargo, —añadió Manobal, —yo le habia recomendado que nos dejase solos.

No era ciertamente el rubor de su respectiva afrenta lo que les detenia para tratar en presencia de Léntulo, descubriendo á éste la bajeza y la ruindad de sus almas: si aguardaron á que se alejase el jóven, fué por poder discutir con absoluta reserva intereses puramente particulares. Léntulo, por su parte, tenía muy poderosas razones para querer saber con toda exactitud la importancia y cuantía de esos intereses; así fué que no se alejó de aquel

lugar, permaneciendo oculto tras la cortina.

Manobal y Cepion consideraron que podían hablar con entera libertad, y entablaron el siguiente diálogo:

—Léntulo me ha indicado, —dijo Cepion, —que tú podrias volver á poner en nuestro poder la ciudad de Tolosa.

—Tolosa no ha sido jamas de Roma, —contestó Manobal. —Si la ciudad admitió en su recinto una guarnicion romana, fué sólo como un auxilio para poderse defender de los cimbrios: todo lo que yo podria hacer, pues, sería conseguir que los magistrados pusiesen en libertad á vuestros soldados.

Cepion aparentó una adolorada sorpresa, y exclamó admirado:

—Sin duda que eso vale mucho para Roma y para mí; pero se me figura que es bien poca cosa con relacion á tu extremada influencia. Tal vez yo no me atreviera á esperar de Manobal, en favor mio, un servicio de tamaña importancia; pero creia que fuesen más grandes su valimiento y su poder.

—El valimiento y el poder de Manobal, —contestó éste, —son sobradamente grandes para conseguir cuanto pueda desear el cónsul Cepion.

—El hombre prudente no debe desear

ni pretender nunca sino cosas que sean posibles, — dijo el romano con hipócrita entonación.

—Pero á la prudencia del hombre, todo le es posible alcanzarlo, — añadió Manobal.

Al oír estas frases dejó Cepion el lecho donde estaba sentado, y fué á colocarse más cerca del galo, hablándole con voz tan apagada y misteriosa, que apenas sus palabras fueron perceptibles al atento oído de Léntulo, que escuchaba con avidez por la parte exterior.

—¿Podría yo, pues, aumentar la guarnición de Tolosa?

Manobal ejecutó con la cabeza una inclinación afirmativa.

—Y como yo no pretendo, — continuó Cepion, — que nuestros soldados sean una carga ni un penoso grávan para la ciudad, podrían cedérseles en su recinto algunas tierras incultas para que las labrasen.

—También eso es posible, — contestó Manobal.

—Siendo así, — dijo Cepion, — podemos redactar desde luego el tratado de alianza que debe unir á las dos naciones.

Y sin esperar la respuesta de Manobal se adelantó él mismo á traer, y colocó sobre la mesa un pedazo de pergamino enrolla-

do (1) y un *scrinium*, compuesto de dos tubos iguales, que descansaban en una ancha base, uno de los cuales contenía la tinta, y el otro las plumas de escribir, puesto que el *stilium* no se empleaba sino para la escritura en las tabletas (2).

Ya se disponía Cepion á redactar las primeras condiciones del contrato, cuando le detuvo Manobal, diciéndole:

—¿Por qué, siendo este un convenio entre dos pueblos iguales, has de escribirlo en el idioma del tuyo?

—Porque no existe posibilidad de con-

(1) Origen de la palabra latina *volumen*, adaptada al castellano. (N. del T.)

(2) La *tablita* ó *tablilla* fué un sistema de escritura usado por los romanos antes de emplear el pergamino y las plumas. Eran unos lienzos y también unas tablillas de madera con un baño de cera, sobre el cual se grababan las letras con el auxilio del *stilium*, que era una especie de punzon. A los jueces de los tribunales se les entregaban tablillas para emitir sus votos en las sentencias, y esos votos de los magistrados se expresaban con letras. Una *C.*, significaba *condemno*, una *A.*, *absolvo*, y las dos letras *N. L.*, *non liquet*, esto es, no está suficientemente claro el asunto. Esto daba lugar á muchas supercherías. Habiendo Hortensio sobornado á los jueces en una célebre causa, señaló con diferentes colores las tablillas que á cada uno se daban, para conocer luego quiénes le habían cumplido su palabra. A este hecho escandaloso, y entonces reciente, alude M. T. Ciceron en su discurso contra Q. Ceclio, diciendo: *Et ait idem, ut aliquis metus adjunctus sit ad gratiam, certos esse in consilio quibus ostendi tabellas vellet; id esse persicillit; non enim singulos ferre sententiam, sed universos constituere, ceratam unicuique tabellam dari cera legitima, non illa infami ac nefaria.* (N. del T.)

signarlo con caracteres gálicos. Jamás habéis tenido el arte de la escritura, y si conservais algunos recuerdos de vuestra historia es sólo por haber sido transmitidos de generacion en generacion por el canto de vuestros bardos y por la enseñanza de vuestros sacerdotes.

— Es cierto, — respondió Manobal; — no conocemos el arte de la escritura ni poseemos caracteres especiales de la nacion gálica; pero si tuviéramos esos caracteres, ¿accederías tú á escribir con ellos el tratado que vamos á formalizar? Escoger ó preferir el idioma de uno de los dos pueblos que contratan, equivale á reconocer la superioridad de ese pueblo y á la concesion de un privilegio que humilla al otro pueblo, y que éste no puede ni debe consentir en manera alguna. Tenemos un idioma y unos caracteres perfectamente neutrales que los galos y los romanos hablan y escriben con igualdad de conocimiento: ese idioma es el griego, ¿consientes en aceptarlo para la redaccion de nuestro tratado?

— El idioma es de todo punto indiferente, cuando las condiciones del contrato están dictadas por la buena fe, — respondió Cepion.

— En efecto, — replicó Manobal; — pero lo que hoy dicte la buena fe, pudiera ma-

ñana la malicia quererlo interpretar de distinta manera; y no está bien que ninguna de las dos naciones que representamos pueda ser nunca víctima de la ambigüedad de las frases, cuya significacion y lato sentido no comprende perfectamente y con igualdad.

Después de la derrota de Mollius, vencido por los cimbrios á orillas del Ródano, obtuvo Cepion el mando de las legiones romanas que ocupaban el territorio de las Galias comprendido entre los Alpes y aquel rio. Llegado de Roma hacía pocos meses, habíase imaginado que el espíritu de los habitantes de aquel país carecia más aún de agudeza y comprension que sus costumbres de cultura, y se le figuraba que porque los galos desconocian las artes romanas habian de ignorar forzosamente los intereses de la patria. Este error ha sido siempre muy frecuente entre los pueblos civilizados, cuando sin un detenido estudio han intentado juzgar la inteligencia de las naciones calificadas por ellos de bárbaras; y siempre que éstas han demostrado en sus convenios ó tratados alguna sutileza ó algun ingenio, han quedado aquellos admirados y sorprendidos como de una cosa extraña y maravillosa. Esto fué lo que le sucedió á Cepion, y bien pronto comprendió éste que el engañar á Manobal

no le sería tan fácil como había creído. En su consecuencia, procuró consignar embarazadamente sus proposiciones con fórmulas de respetuosa atención, inscribiendo á la cabeza del tratado el nombre de cada uno de los contratantes, y estableciendo que la validez del convenio exigía la ratificación del Senado de Roma, y la indispensable aprobación de la asamblea general de los Tectósagos.

La primera cláusula del pacto declaraba que los romanos formaban alianza con los galos para la recíproca defensa de los dos pueblos contra las invasiones de los Bárbaros, y muy especialmente para rechazar los ataques de los cimrios.

Á renglon seguido se establecía que para obtener resultados positivos de esta alianza, había de ser ocupado desde luego el territorio de las Galias por cierto número de legiones romanas, estacionándose éstas de un modo conveniente y estratégico, para que no pudieran ser atacadas por sorpresa, á cuyo efecto una parte de aquellas fuerzas cubriría las guarniciones de las ciudades y puntos fortificados, y el resto acamparía en terrenos que les sería permitido cultivar.

Después se redactó la condición que concedía á los romanos cierta extensión de tierras, señalándose la Narbona como el

territorio más á propósito y conveniente para este objeto. Al llegar á este punto, dijo Cepion:

— Los romanos no pretenden de manera ninguna inmiscuirse ni intervenir en el gobierno de los pueblos, con los cuales establecen alianza, porque saben muy bien que las leyes y las costumbres de cada nación deben ser respetadas. Por eso mismo no puede causarte extrañeza si pretendemos y exigimos que nuestras colonias y nuestros soldados se rijan por las costumbres y por las leyes de Roma.

— ¿Qué extensión tendrán esas leyes?— preguntó Manobal.

— Las colonias se gobernarán por sí mismas y tendrán su Senado y su Pueblo, asumiendo ambos poderes la soberanía de legislar y la facultad de elegir sus magistrados, cuyo Concejo se llamará Curia y sus miembros Decuriones. La administración estará encomendada á dos magistrados superiores, que se titularán Duumvros; pero tan elevados cargos no serán confiados sino á ciudadanos de madurez y experiencia, por lo cual será necesario contar más de cuarenta y tres años para obtener puestos tan importantes.

— Como todo eso es concerniente sólo á vosotros, nada tengo que objetar á tales condiciones. ¿Tienes algo más que añadir?

—Bien conocerás, Manobal, que una de las penas más crueles para el hombre es la de verse lejos de su patria; así, pues, encontrarás muy justo que, en cuanto sea posible, procuremos recordarla á nuestros conciudadanos. Al efecto les construiremos un Capitolio (1), un anfiteatro, templos, circos, mercados y todo aquello, en fin, que pueda contribuir á hacerles creer que no están lejos de Roma.

—Todo eso tambien me parece justo, y lo consentiremos. ¿Pero qué es lo que vosotros nos otorgais en recompensa del derecho que os concedemos para así venir á implantar vuestras ciudades y vuestras costumbres en medio de nuestro pueblo?

Cepion quedó algo confuso sin saber qué contestar á la observacion de Manobal, y despues de algunos momentos de duda, le dijo:

—Nosotros os daremos exactamente lo mismo que nos dais, y podréis ser en Roma lo que nosotros seamos en las Gálias.

(1) Templo y ciudadela edificados en el monte Tarpeyo de Roma en honor de Júpiter. Las obras de su edificación empezaron en tiempos de Tarquino el Antiguo, y se concluyeron por Tarquino el Soberbio. El Capitolio de Roma contenía, además del templo de Júpiter, los no ménos célebres de Minerva y de Juno, donde se depositaron inmensos tesoros. Los romanos construían monumentos parecidos al de Roma, y con el propio nombre en los países que conquistaban. (N. del T.)

—¿De modo que podrémos establecer nuestras colonias en el Latio (1), y llevar allí nuestras costumbres y nuestras leyes?

—De ninguna manera,— se apresuró á contestar Cepion.—Nosotros no podemos consentir ni aceptar el cambio de la civilización por la barbarie; pero daremos todas las ventajas y todos los derechos de las leyes de Roma á los que pretendan someterse á ellas. Así pues, los galos que voluntariamente se asocien á nuestros soldados para fundar una colonia, adquieren el título de ciudadanos romanos, tienen el derecho electoral en Roma, y pueden aspirar á los primeros cargos y puestos de la República, despues que hayan obtenido en su respectivo municipio los de Edil ó Questor (2).

(1) Comarca de Italia junto al mar interior, entre la Etruria y la Campania. Se dividía en viejo y en nuevo Latio, y los pueblos que la habitaron se llamaron latinos. (N. del T.)

(2) El Edil era un magistrado que cuidaba de la policía urbana. Este cargo fué instituido por el pueblo el año 261 de la fundación de Roma, por lo cual se llamaron Ediles plebeyos para diferenciarlos de los Ediles curules, que el año 389 se agregaron á aquéllos, siendo elegidos, alternativamente en un principio y despues sin distinción, entre las clases patricia y plebeya. Los Questores ó Cuestores fueron otros magistrados con varias atribuciones: los había para cuidar del tesoro público, para fallar las causas importantes que les sometan los jueces ordinarios; para acompañar al Cónsul con el ejército, ó al Pretor ó Procónsul de una provincia. Questor urbano era aquel cuyas atribuciones se imita-

— Es decir, que lo que nos proponéis es que dejemos de ser galos para convertirnos en romanos. No escribas esa cláusula; hay cosas que sólo se obtienen por la imposición y por la fuerza, pero jamás por el consentimiento. El tiempo solamente podrá alcanzar el triunfo que tú pretendes conseguir, si nuestros hermanos encuentran mejor la condición de vuestros pueblos que la de los suyos.

— Y sin embargo, — replicó Cepion, — el bien no deja de ser bien de cualquier manera que se obtenga.

— ¡Mal conoces á los galos, Cepion! Es seguro que si se les deja en libertad aceptarán más pronto ó más tarde vuestras leyes, y se acomodarán á vuestras costumbres, porque creerán hacerlo por su propia iniciativa y voluntad; pero puedes estar asimismo persuadido de que rechazarían hostilmente á vuestros magistrados y á vuestros sacerdotes, si tan siquiera llegáran á sospechar que se intentaba someterlos á su obediencia y á su poder.

El astuto Cepion aparentó no dar importancia á las declaraciones de Manobal, y añadió:

ban al casco de la ciudad, para perseguir á los vagamundos y delincuentes, y para prestar auxilio en los siniestros de incendios.

(N. del T.)

— Al par que nuestras leyes y costumbres también se practicarán nuestra religión en las colonias de los romanos; y ciertamente será esto un bien de grande importancia para vosotros, si aprovecháis el ejemplo, y si la bondad y dulzura de nuestros cultos hace que renunciéis á esos sacrificios humanos que ofreéis á vuestros sangrientos dioses.

— Bien difícil es calificar cuál de los dos sistemas sea el más humanitario, si aquel que arroja los hombres á las fieras en el circo, ó el que las inmola sobre un altar. Todavía no he podido explicarme que el pueblo sea una divinidad tan poderosa y respetable como para ofrecerle sacrificios que vosotros mismos calificáis de bárbaros y sangrientos porque los dedicamos á nuestros dioses. Guárdate bien, por tanto, de hablar de esto á nuestros pueblos, y déjales la libertad de creencias que reclamas para los tuyos.

— Sea como gustes; pero esto no obstante, — continuó Cepion observando atentamente la fisonomía de Manobal, — tengo entendido que no siempre habeis rendido culto á vuestras divinidades con ofrendas de sangre humana; y si no estoy equivocado, creo que el templo de Apolo en Tolosa guarda ricos tesoros, que la piedad de los galos ha ido acumulando desde

hace muchos años en obsequio á sus dioses.

— No han sido exagerados tus informes, — contestó Manobal con intencionada frase; — y bien podrás por tí mismo asegurarte de esa gran verdad cuando seas dueño de la ciudad de Tolosa.

El romano comprendió perfectamente todo lo que con aquellas palabras habia querido decirle Manobal, y correspondiendo, por su parte, con una oferta aún más directa y expresiva que la que se le acababa de hacer, dijo á quél:

— ¿Y cuál ha de ser tu recompensa por todo esto, Manobal?

— Bien sabes, — respondió el galo con fingida y afectada humildad, — que yo no soy más que un pobre pescador que he tenido la suerte de ganar algun dinero arrendando la pesca de una parte de los lagos de la provincia, y entre ellos la del de Lates (1). Pues bien, yo no preten-

(1) El sistema empleado por los galos para la pesca de estos lagos era por todo extremo sorprendente, y Plinio nos dá algunos detalles de esta pesca singular, refiriéndose precisamente al lago nombrado Lates, situado en la provincia Narbonesa, cerca de Nimes. Dice que en las aguas de este lago crecia y se multiplicaba un considerable número de peces llamados sargos, muggos, mujiles, mujoles, trillas, cabezudos, mugles, etc., etc., para cuya pesca se asociaban los hombres con los delfines. En determinada época del año acudian aquellos peces en grandes balsas á los canales que desembocaban en el mar para desovar, y entonces precisamente era cuando

do ni quiero más recompensa sino la de que ese privilegio, que sólo comprende á algunos lagos, se extienda á todos los de la comarca, y muy especialmente al que está próximo y depende del templo de Apolo, no porque ése pueda proporcionarme más utilidades que otro cualquiera, sino por el alto honor de ser el pescador de aquel dios, y porque ésa es, en su clase, una especie de sacerdocio que mi vanidad am-

tenta lugar la gran pesquera. La aglomeracion de tantos peces y la irresistible violencia con que caminaban hacia imposible la colocacion de atajadizos de redes, porque éstas eran destrozadas al punto por el impulso de aquel torrente de animales. En sustitucion, pues, de los atajadizos, los pescadores se dirigian á la playa tan pronto como empezaban á notar el movimiento de los habitantes del lago, y daban grandes voces, gritando con repeticion: «Simon, Simon, Simon», cuyos ecos llevaba el viento Norte á una considerable distancia, y eran la señal á la cual acudia un ejército de delfines que cerraba el paso á los viajeros. Entónces los hombres tendian sus redes é iban estrechando la pesca, que, así acorralada, empezaba por saltar buscando la huida, cayendo luego en las bocas de los delfines, cuya falange no se entretenia en comerlos, gozando con sólo la matanza. Los pescadores, entretanto, aprovechaban la detencion de aquellas multitudes llenando de peces sus barcos, y no sólo abandonaban á los delfines la parte que estos cetáceos habian matado, sino que ademas los regalaban arrojándoles una pasta compuesta de pan y vino, que los dejaba satisfechos y contentos para acudir á la llamada del año siguiente.

Esta costumbre y este sistema ha dejado ya de practicarse, debido, sin duda, á que la cria de peces ha disminuido sensiblemente, y á que muchos de los lagos han sido desecados ó han perdido sus primitivas condiciones.

(N. del T.)

biciona desde hace mucho tiempo. Para fundar razonablemente este privilegio y darle apariencias de justicia, podrás decir que el precio de tal arriendo se destina al pago de la soldada de las tropas romanas, que la República se obliga á sostener para la comun defensa.

Cepion no pudo ménos de sonreirse al conocer las modestas pretensiones de Manobal, ni éste aparentó inquietud ninguna al observar que se agitaba con violencia la cortina, tras la cual se ocultaba Léntulo. El jóven romano creia defraudados sus proyectos y sus esperanzas, por el mezquino giro que habia dado á la negociacion aquel á quien consideraba como su futuro suegro; porque Léntulo sabía que la traicion de Manobal se le hubiera pagado á mucho mayor precio del que por ella obtenia, y quedó sorprendido de que el galo fuese tan torpe que no viera en un rincon de la tienda un cofre atestado de oro y una balanza allí dispuesta para pesarlo.

Léntulo consideró necesario apresurar su entrada en la tienda por si podia con su presencia y con sus insinuaciones despertar la codicia de Manobal. Penetró, pues, en ella decididamente, y aparentando desconocer todos los detalles de la conferencia que habia escuchado, preguntó

cuáles eran los acuerdos y las condiciones estipuladas entre Manobal y el Cónsul; pero Cepion, preocupado en activar la terminacion de aquel importante y ventajoso negocio, procuraba concluir á toda prisa la redaccion del convenio, y no le contestó. Léntulo aprovechó aquellos momentos para acercarse á Manobal, diciéndole en voz baja:

— ¿Estás satisfecho? ¿Has recibido las cuantiosas sumas de dinero que Cepion tenía orden de entregarte como remuneracion de tus servicios?

— Yo no vendo — contestóle Manobal — los intereses de mi patria, y he venido aquí solamente por amor á ella y para hacer lo que considero conveniente para su bienestar y para su dicha, sin aspirar á otra recompensa más que á la gratitud y á la estimacion de mis conciudadanos.

Léntulo habia creido conocer perfectamente á Manobal y lo suponía hombre de grande astucia y sutileza, avaro y de extraordinarias ambiciones, hasta el extremo de que en cualquiera otra circunstancia que no hubieran escuchado sus oidos toda la conferencia del convenio, hubiera calificado de audaz hipocresía la contestacion que habian obtenido sus preguntas; pero despues de ver el miserable resultado de aquellas gestiones, dudó ya de la saga-

ciudad del galo y supuso que éste había sido víctima del engaño de Cepion, asomando á sus labios, con tal motivo, una ligera sonrisa de desprecio.

Entre tanto Cepion había escrito una segunda copia del tratado, que entregó á Manobal, despidiéndose de éste y encargando á Léntulo que acompañase al galo.

El jóven romano y el padre de Cesonia abandonaron seguidamente el campamento. Léntulo caminaba al lado de Manobal y estudiaba en su fisonomía, procurando descubrir en ella algo que le diera á conocer cuáles habían sido las razones que había tenido para concertar un tratado que ningun provecho individual le ofrecía; pero cansado del indiferentismo con que el galo escuchaba sus observaciones, se decidió al fin á tomar súbita resolución, y preguntóle:

—¿A dónde piensas dirigirte ahora?

—Voy á Tolosa á presentar este escrito á los magistrados que me son adictos y que desaprueban, como yo, el arresto de la guarnición romana, para que me ayuden á conseguir que sea puesta en libertad.

—En ese caso, ha llegado el momento de separarnos: ve ahí el camino que conduce á la ciudad.

—Este camino —dijo Manobal— es el mismo que conduce á mi morada. ¿No

vuelves tú á ella? ¿No sabes que hay allí quien te espera?

Estas preguntas acabaron de irritar el ánimo de Léntulo, alterado ya en sumo grado por la simplicidad que suponía en el galo. Sin embargo, supo refrenar su cólera, y adoptando su habitual estilo impertinente y altivo, respondió:

—Ciertamente que la hija de Manobal es muy hermosa; pero yo te declaro que su amor no puede satisfacer mis necesidades, ni mis aspiraciones. Quizá estas aspiraciones no merezcan tu aprobación; pero soy yo el que deseo alcanzarlas á mi gusto. Ni me agradan los lechos de paja, ni me pueden dar placer los baños que carecen de esencias perfumadas, ni mucho menos quiero exponerme á tener que alimentarme toda mi vida con los peces que extraigan tus redes de los lagos cuyo privilegio de pesca acabas de obtener.

Manobal tuvo la prudencia de no contestar una sola palabra, aunque comprendió perfectamente la directa alusión que hacía Léntulo al tratado concertado entre él y Cepion. El galo, sin embargo, dirigió al romano una mirada tan extraña, dejó asomar á sus labios una sonrisa tan irónica y reveló en su rostro tal expresión de malicia, que asaltó á Léntulo la súbita sospecha de haber sido tal vez juguete de

la doblez y de la astucia del viejo magistrado de Tolosa. El padre de Cesonia, encerrado en su prudente reserva, se concretó á dirigirle un saludo con la mano, y se alejó impasible sin exigir á Léntulo ninguna explicacion de sus palabras y sin manifestar tampoco los menores propósitos de dársela por su parte al jóven romano, el cual, despues de permanecer largo rato siguiéndolo con la vista, regresó de nuevo al campamento, entregado á profundas meditaciones con motivo de la singular y extraña despedida de Manobal.

V.

Aquel mismo dia, á la caída de la tarde, Carrin y Cesonia, impulsados por contrarios sentimientos, habian acudido al umbral de la morada de Manobal y se habian sentado sobre las mismas gradas donde pasaba la primera escena del comienzo de esta historia. La jóven galesa, inquieta é impaciente, dirigia con avidez sus miradas al horizonte, esperando descubrir la aproximacion de alguna persona: el anciano escuchaba atentamente los ruidos más imperceptibles para poder distinguir los pasos de álguien á quien esperaba con ansiedad. Ni una sola palabra se habia cruzado

entre ambos personajes, y el horizonte permanecia desierto, sin que nada turbase la tranquilidad y el silencio de la tarde; pero la ansiedad que dominaba el corazon de Cesonia se desbordó por sus labios, á pesar de los esfuerzos de su disimulo, y olvidando que habia quien pudiera oirla, exclamó maquinalmente y á media voz:

— ¡Cuánto tarda Léntulo!

— Demos por ello gracias á los dioses, y elevemos al cielo nuestros ruegos para pedir que no regrese, exclamó Carrin.

La jóven comprendió su imprudencia y guardó silencio; pero Carrin añadió:

— ¿Y serás tan necia que tengas todavía fé en el amor de ese romano? Persuádate de que todo es cálculo, estudio, fingimiento y traicion en esos hombres de raza tan distinta y enemiga de la nuestra. Sin duda debe haber obtenido ya de tu padre lo que pretendiera, y tal vez á estas horas se mofa de él y de tí en los brazos de alguna cortesana griega que forme parte de su séquito.

— Eso es imposible— replicó Cesonia— Léntulo me ha jurado por sus dioses que yo seré su esposa, y un romano jamas ha faltado á la fé de sus promesas.

— ¿Quién te ha informado tan favorablemente de sus virtudes? ¿Ha sido, por ventura, esa esclava? ¿Dónde está Dionea?